

cena y se apoya en el marco de la puerta del fondo, como esperando á Gonzalo que aparece en esa misma puerta en el momento de caer el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.—Es de día.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR.—[Despues FRANCISCO.]

DOCTOR.

(Entra por el fondo y vuelve en torno la vista buscando á alguien.)

Parece que en esta casa

aún están todos dormidos.....

Y es tarde, hay mucho quehacer.....

¡Tengo tantos compromisos!

(Alzando la voz.)

¡Buenos días! qué ¿no hay nadie?

Sí..... creo haber percibido

el rumor de alguano que anda.....
Se acercan..... (*Aparece Francisco.*)

¡Hola! Francisco.....

FRANCISCO.

El señor Doctor..... ¿ha mucho
que llama usted?

DOCTOR.

Por lo visto

están fuera.

FRANCISCO.

Sí, señor,

eso... pues... ¡como es domingo!

DOCTOR.

¿Salió la señora?

FRANCISCO.

A misa.

DOCTOR.

¿Y la señorita?

FRANCISCO.

Ahí mismo,

en la iglesia.

DOCTOR.

¿Y el señor?

FRANCISCO.

En movimiento continuo
pasó la noche..... ¡qué noche!
Si nunca duerme seguido.....
ya de un lado, ya del otro.....
Suda, se queja, da gritos.....
Abre los ojos, se sienta.....
Se toma el pulso..... el latido

de su corazón observa.....
Vuelve á dormirse intranquilo;
y al dormir me sobrecoge,
que hace al respirar un ruido.....

DOCTOR.

¡Pobre Pedro!

FRANCISCO.

Y de esto hace años.

¡Si no sé cómo está vivo!

DOCTOR.

(*Sacando un reloj.*)

Pues señor, se me hace tarde,
las nueve y cuarenta y cinco
y esperar más no es posible.....

Ya mucho tiempo he perdido.....

Tengo una junta. ¿Me entiendes?

Así dices que lo he dicho,
á tu señora, y le entregas

(*Asoma Pedro la cabeza por la puerta y
al oír lo que dice el Doctor se esconde.*)

esta carta, con sigilo.....

¿Eh? ya sabes..... en su mano,

nada más á ella, ahora mismo.

Que ni Soledad lo vea.....

FRANCISCO.

Será vd. obedecido. (*Váse el Doctor.*)

ESCENA II.

D. PEDRO, FRANCISCO; después el DOCTOR.

FRANCISCO.

Si sabré yo lo que es esto.....

PEDRO.
Dame esa carta Francisco.

FRANCISCO.
¿Esta carta?

PEDRO.
Venga ¡pronto!
¡Que me la entregues te digo!

FRANCISCO.
Señor.....

DOCTOR.
(Entrando y cogiendo la carta de manos de Francisco.)

Si no te la da
es que yo lo he exigido.

PEDRO.
(A Francisco.)
Véte.....
(Al Doctor.)

Ya yo sé lo que es.
Esa es mi sentencia..... ¡pícaro!
aneurisma ó hipertrofia.....
ó..... ¡quién sabe qué habrá escrito
tu experta mano en el pliego
que allí tienes..... Pero, chico,
mi curiosidad es mucha
y quiero leerlo ahora mismo.

DOCTOR.
Pues no será.

PEDRO.
Pues lo quiero.
Te advierto que he amanecido

de un humor de los demonios.
¡La carta!

DOCTOR.
No, Pedro.

PEDRO.
Insisto
en que me la des..... ¿No eres
Diego, mi mejor amigo?
¿Por qué me exasperas? Dime.....
te lo ruego..... te suplico
que no me niegues ahora
un favor que yo te pido.....

DOCTOR.
No puedo hacértelo, Pedro.

PEDRO.
¿Por conciencia?

DOCTOR.
No es capricho.

PEDRO.
Si es por deber, te relevo
De ese deber. Si es motivo
de que yo muera del susto,
lo quiero..... es negocio mío,
que el que por su gusto muere
á la muerte va tranquilo.
La responsabilidad
va de mi cuenta.
(El Doctor hace ademán de romper la carta.)

¡Qué miro!
¿Vas á romperla!

DOCTOR.

Pues hombre,
si insistes será preciso.....
(D. Pedro se arroja violentamente sobre
la carta que el Doctor defiende, y luchan.)

PEDRO.

Pues no has de romperla.

DOCTOR.

¡Pedro!.....

PEDRO.

Suéltala, por Jesucristo.

DOCTOR.

Pues me matarás..... sí.

PEDRO.

¿Antes
que entregármela?

DOCTOR.

(Soltando la carta arrugada y maltre-
cha.)

¡Ah!

PEDRO.

(Retrocediendo, pero casi ahogándose y
cayendo en un sillón.)

(Pausa larga.) ¡Es mío!

¡Es ya mío tu secreto!

DOCTOR.

(Haciendo ademán de quitársela.)

Pues dámela ó te la quito.

PEDRO.

No te muevas..... ¡sí te mueves
te voy á pegar un tiro!

(Saca del cajón de la mesa un revólver y
lo deja sobre la carpeta.)

¡Ah! No puedo respirar
siento así como un vahído.

Siento que todo da vueltas
y que estoy perdiendo el juicio!

DOCTOR.

No leas eso..... ¡por tu hijal!

¡Por tu madre! Te lo pido
por la amistad que nos une.

PEDRO.

En nombre de ella he pedido.....

(Abriendo la carta.)

DOCTOR.

¡Pedro! Mira bien lo que haces.

PEDRO.

(Levantándose y acercando la carta á la
luz.)

¡Jesus!..... ¿qué es esto que he visto?

¿Qué letra es esta? ¿qué dice?

¡Doctor!

(Estrujando la carta y volviéndose al
Doctor: al pedir una explicación al Doc-
tor, no encontrando la palabra, se acerca
á él, pero en ese instante entran por el
fondo Doña Ana y Soledad.)

ESCENA III.

PEDRO, EL DOCTOR, DOÑA ANA Y SOLEDAD.

ANA.

¿Qué pasa?

SOLEDAD.

¿Qué tienes?

PEDRO.

Es un ataque fortísimo.

¿Es verdad? Oyeme el pecho,

Aplica bien el oído.....

(El Doctor le acerca la oreja al pecho y lo ausculta; D. Pedro le dice al oído estas palabras:)

"Aguarde usted á que salga.....

No tardaré."—Voy de alivio,

¿no es verdad? Pasó el acceso.....

Miéntras más fuerte y más vivo,

más rápido..... ¿eh?—¡Francisco!

(Llamando. Observa que Ana mira con curiosidad la pistola que está sobre la mesa y para eso llama á Francisco que aparece.)

Mira bien esa pistola:

no tiene el cañón muy limpio.....

Desármala y examínala

porque ya la necesito.

(Váse Francisco con la pistola.)

ANA.

¿Para qué?

PEDRO.

¿Pues y el viaje?

Bueno es estar prevenidos.

(Aparte.)

Quemándome estoy la mano

con este papel maldito! *(Váse.)*

ESCENA IV.

EL DOCTOR, DOÑA ANA, SOLEDAD *(que se sienta á bordar.)*

DOCTOR.

(Aparte.) Qué espantosa situación!

ANA.

¿La carta?

DOCTOR.

(Aparte.) ¡Qué compromiso!

ANA.

Quiero tenerla, es preciso

DOCTOR.

La he buscado con teson
hoy y anoche y nada.

ANA.

¿Nada?

Pues tiene que parecer.

DOCTOR.

¡Por supuesto! y ha de ser
de tenerla tan guardada!

¡Hace tanto tiempo ya!

ANA.

Yo mi temor le confieso.....

DOCTOR.

Nada tema usted por eso,
la carta parecerá.

ANA.

Del otro asunto.....

DOCTOR.

Así, así.....

Algo á Gonzalo le dije;

pero la prudencia exige
que no sospeche de mí.

(*Tocan al zaguán.*)

ANA.

Llaman.

SOLEDAD.

(*Soltando la aguja.*)

¡Es Gonzalo!

ANA.

¡Es él!

¿Tocó usted acaso el punto?

DOCTOR.

Va á hablar á usted del asunto;
ahora mismo.

ANA.

El lance es cruel;
será para mí gran pena.

SOLEDAD.

Gracias á Dios que te ví.

ESCENA V.

DICHOS, GONZALO.

GONZALO.

El verlos juntos aquí
de satisfacción me llena.

La fortuna me enamora.....

—¡Padre mío,.....

(*Besando la mano del Doctor, se acerca á
Doña Ana y le da la mano.*)

Desde ayer

anhelaba yo el placer

de saludarla, señora.

—¿Parten hoy?

ANA.

Al medio día.

Está listo el equipaje.

GONZALO.

¿Será muy largo ese viaje?

ANA.

Yo, Gonzalo, no podría

decirle nada.... no sé.....

Es por salud.....

GONZALO.

Me hago cargo.

DOCTOR.

Será más ó ménos largo.....

ANA.

Segun como Pedro esté.

GONZALO.

Si he tratado de inquirir
no es mera curiosidad.

[*Al Doctor.*]

Usted lo sabe ¿es verdad?

[*El Doctor hace una señal de asentimien-
to.*]

Se enlaza mi porvenir,

señora, con esa ausencia,

y es natural que me aflija

pues que léjos de su hija

no comprendo la existencia.....

Ella, tal vez, por temor,

no le ha dicho á usted, señora,

que la adoro y que me adora,

pues corresponde á mi amor.

Y, como esto no es delito,
ni fué delito jamás,
¿para qué ocultarlo más?
Fuera un placer infinito
para mí, yo se lo ruego,
que me responda si accede;
que así, señora, se puede
esperar con más sosiego.
Para mi padre supongo
que es un placer positivo;
sabe que por ella vivo
y por testigo lo pongo;
y eso aumenta la razon
del porqué al mirarlo aquí,
para hablarle á usted así
aproveché la ocasión.....
Acaso fuera locura
en otro, haberse externado;
mas como usted me ha tratado
siempre con tanta ternura,
con tan singular cariño,
con tan mimosos excesos.....
¡aún siento en mi faz los besos
que usted me daba de niño!
Los confundo en mi memoria,
y así lo he dicho á mi padre,
con los besos de mi madre
que de paz goce en la glorial
—¿No me responde usted nada?
Pregúntele usted á ella
que con el temor, más bella

se presenta á mi mirada.

ANA.

Bastante sabia yo
de ese cariño profundo;
mas.... estas cosas.... el mundo
siempre con calma trató.
Es cuestion del porvenir,
usted lo ha dicho.

GONZALO.

Seguro.

ANA.

Y resolver del futuro.....

GONZALO.

Pero se, vá usted á ir
y en cosas del corazon,
ya vd. debe comprender
lo que una ausencia ha de ser
con esta irresolucion.....
Permítame usted que vuelva
á insistir.....

ANA.

Usted ya sabe

que siendo cuestion tan grave....
vamos.... que el Doctor resuelva ...
Resuelva usted, si es debido
responder en un instante,
en cuestion tan importante.
Y pues tanto le he querido,
creerá sin dificultad
que es callarse obrar con tino,
tratándose del destino

de usted y de Soledad.

DOCTOR.

(A Gonzalo.)

Deja que lo reflexione

pues no es justo lo que quieres.

El decirte que te esperes

no es decirte que se opone.

Además, y eso de fijo

siempre ha sido regla fija;

no es lo mismo dar una hija

que desprenderse de un hijo.

Así, pues, con calma espera.

GONZALO.

¡Qué he de hacer!

ANA.

Mucho lo siento.

GONZALO.

Con Soledad un momento

hablar á solas quisiera.....

Y si usted me lo permite

me hará un gran favor en esto.

ANA.

(A Soledad, aparte.)

Haz lo que te dije.

[A Gonzalo, alto.] Puesto

que es inútil que lo evite

nada tengo que objetar.

GONZALO.

Me está usted obligando.....

ANA.

(Aparte.)

Y qué: ¡quién sabe hasta cuándo

se volverán á mirar!

Venga usted á los billares (Al Doctor.)

mejor es que ir al salon.....

(Al pasar cerca de Soledad, le dice:)

No olvides mi prevención,

y de ella no te separes. (Vánse.)

ESCENA VI.

GONZALO.—SOLEDAD.

GONZALO.

Ya tú ves cómo cumplí

y cómo ella se encapricha.....

Visto está que la desdicha

nos persigue á tí y á mí.

Hace unos días, muy pocos,

cuerdos con nuestra esperanza;

con nuestra ventura locos,

mirábamos el futuro

amor que de azul se viste,

ayer sin nubes, hoy triste,

torvo, nublado y oscuro.

Acaso era indispensable

á probar su fortaleza

esta violenta rudeza

de nuestra suerte mudable.

Este golpe inesperado

de quien ménos se esperaba

de la que más nos amaba,

y á quien más hemos amado.
Contabas con ella.

SOLEDAD.

Sí.

Y tú contabas.

GONZALO.

¡Los dos!

SOLEDAD.

Como quien cuenta con Dios.

GONZALO.

Así, Soledad, así;

mi fé con la tuya igualo.

¡Tal seguridad tenía!

SOLEDAD.

Y no sabes todavía
todo lo demás, Gonzalo.

GONZALO.

¿Todo lo demás?

SOLEDAD.

Te advierto

que necesita tu amor
vestirse de valor.

GONZALO.

Me sorprendes y no acierto.

SOLEDAD.

Ni aciertes; vas á escuchar
con resignacion y calma:
anoche he sentido el alma
con cansancio de llorar.

Hoy te voy á devolver
tus cartas. mi idolatría,

esas donde el alma mía
te acabó de conocer.

Te he de devolver tus flores
que aunque secas y marchitas
eran las pruebas benditas

de nuestros tiernos amores.
Cada una tiene la fecha
del día en que me la diste.

La miniatura que hiciste
en marfil. La caja estrecha
de sándalo en forma de arca
que á mí me gustaba tanto,

la del día de mi santo,
la del pañuelo con marca,
¿te acuerdas?

GONZALO.

¿Pues no ha de ser?

SOLEDAD.

La virgencita esmaltada,
tu anillo, tu pelo, ¡nada!
todo lo he de devolver,
nada se me ha de quedar.

¡Sólo tu imagen querida!

Porque esa ¡luz de mi vida,
no me la puedo arrancar!

GONZALO.

Soledad. ¡qué buena eres!

SOLEDAD

¿No te enojas?

GONZALO.

¿Y por qué